

Lissorgues, Yvan, *Ce temps des cerises*, Paris, L'Harmattan, 2015, 326 pp. Reconocido hispanista francés, Yvan Lissorgues es autor de una amplia obra intelectual y de ensayo que además cuenta desde 2013 con una trayectoria literaria constituida hasta la fecha por tres textos de ficción y dos obras narrativas. En mayo de 2015 publica su primera novela bajo el título *Ce temps des cerises*. Mediante la técnica de un narrador omnisciente en tercera persona, el lector se adentra con agrado en la narración de la historia de una humilde familia de clase obrera a través de la figura del cabeza de familia, Paul Sorgues, un ferroviario jubilado de 62 años que vive junto a su esposa Yvonne en la pequeña aldea de Camjac, en el sureste de Francia y cuya evolución, en su manera de pensar a raíz de su vinculación con los acontecimientos de mayo del 68, mostrará con acierto la fuerza del pensamiento humano. El paratexto que abre la primera de las dos partes en que se divide la novela justifica el trasfondo biográfico y la vocación explícita de homenaje, de modo que el lector se ve llevado a proyectar en el personaje ficcional homónimo un alter ego de la figura paterna del autor, el verdadero Paul, humilde luchador en la sombra a quien Lissorgues le dedica su primer texto narrativo. Miembro activo del partido comunista, Paul anclará su seguridad en torno a pequeños gestos cotidianos que parecen otorgarle la serenidad y la felicidad de una vida sencilla. Sus idas y venidas al huerto cercano al río Lot no sólo sirven de ejercicio físico diario y de sustento familiar, sino que le ofrecen la ocasión de reflexionar en armonía con el entorno natural. La lectura del diario comunista *l'Huma* y la conexión con el resto del mundo gracias a las emisiones radiofónicas constituyen su quehacer cotidiano, al mismo tiempo que anclan cronológicamente el relato en la primavera de 1968. Paul sigue con interés los acontecimientos sociales que están teniendo lugar en las universidades parisinas ya que su hijo Stéphane, estudiante de Filosofía y Sonia, su novia, participan en los mismos de forma activa. Fuera de las fronteras nacionales, las referencias a la situación de cambio que se está produciendo en Praga actúan de catalizador para introducir una profunda reflexión en torno al pensamiento comunista y a la manera en que es vivido y percibido por el protagonista del relato. El título de la primera parte "La duda" deja entrever la evolución que va a experimentar el actante principal en su manera de aprehender la realidad tras su breve estancia en París en pleno mayo del 68 con el fin de ayudar a la liberación de su hijo, apresado con motivo de una dura represión contra manifestantes. El desplazamiento en tren hasta la capital supondrá, además, la ocasión de confrontar dos mundos bien distintos: por un lado la Francia rural de los años 60, que Y. Lissorgues describe con esmero, reparando en su ritmo estacional, en la cercanía vecinal y en un tiempo que se compone de pequeños placeres cotidianos como un buen almuerzo o el canto del mirlo al amanecer; y, por otro lado, la intensa vida social e intelectual del mundo universitario parisino. En la capital, todo son sensaciones, emociones y reflexiones. La participación en una de las mayores manifestaciones de aquella sublevación estudiantil, le lleva a tomar contacto directo con la realidad social activa y comprometida que se entrega en cuerpo y alma a la lucha y defensa de sus ideales y siembra en su pensamiento el germen de una gran duda dogmática. En la misma línea se puede interpretar el descubrimiento de nuevas emisoras y del periódico *Le Monde*, con un formato más moderno y un tono más informativo que le llevan a replantearse el alcance crítico de su Humanité. Por todo ello, a pesar de su brevedad, la estancia parisina se convierte para el personaje principal en un viaje iniciático hacia la autonomía de pensamiento y el cuestionamiento personal. Acomodado a la pequeña célula del partido en Camjac, su participación en la gran Historia le abre los ojos ante una realidad

hasta ahora indiscutible. A medida que avanza el relato, las alusiones a la canción popular del imaginario francés que ya recogía el título van apareciendo diseminadas por el texto, convirtiéndose progresivamente en metáfora de la herida abierta que resiente y acucia al protagonista, nostalgia de un tiempo sin decepciones ni desilusiones. La primera parte se cierra con la liberación de Stéphane y el regreso de Paul a Camjac y da paso a “El choque”, segundo segmento de la estructura narrativa. En esta ocasión la confesión por parte de la primogénita de la familia, Yvette, de su vida sentimental, compartirá el peso de la trama narrativa con el creciente desencanto de Paul ante el inmovilismo del partido con respecto a la Primavera de Praga. Maestra en Gélac, Yvette cede frente a las presiones constantes de la directora del centro y decide iniciar una nueva vida junto a su pareja, Véronique, en Villefranche, lo que lleva al padre de Yvette a replantearse sus principios morales y a aceptar diferentes modos de entender las relaciones humanas. La presencia de Véronique y los diferentes encuentros que se organizan para integrarla progresivamente en la familia ofrecen además la ocasión de recorrer la región y recuperar recuerdos olvidados. Poco a poco, el relato va tejiendo un universo femenino en torno a los personajes de Yvonne, su mujer, Yvette, su hija, Sonia, la novia de su hijo y de Véronique, la pareja de Yvette; aparecerán todas ellas como mujeres fuertes y sensibles, capaces de aportar serenidad y cambios progresivos en la experiencia vital del protagonista. Paul vive con tristeza y amargura la decepción de su partido y de manera particular a partir de la lectura de La confesión de Artur London. El testimonio desgarrador que le ofrece esta experiencia literaria le lleva a asemejar sus deseos de cambio con la actitud de Don Quijote luchando contra molinos de viento. La novela cervantina adquiere hacia el final del relato dimensión intertextual y el propio Paul recibirá de Sonia un ejemplar de 1933 que le permite proyectar en la ficción su cansancio moral. La novela finaliza con el acallamiento de la Primavera de Praga y por extensión con su esperanza de cambio en el partido. Las últimas imágenes de la narración nos muestran a un personaje desencantado que decide por primera vez no escuchar su habitual sesión radiofónica sino encender el reproductor de casetes que le ha regalado Sonia junto a una cinta en la que se ha grabado a ella misma cantando con su dulce voz el aire melancólico de *Le temps des cerises*. Sorprendido de sí mismo, se deja llevar por la música y tararea aquel verso que decía “de aquella época conservo en el corazón una herida abierta” En *Ce temps des cerises*, Yvan Lissorgues ha sabido imbricar con acierto un rico trasfondo filosófico e intertextual en el marco de una cuidada construcción narrativa cuyo impecable estilo discursivo le confiere una notoria calidad literaria. Tras una amplia carrera intelectual en torno a la Literatura, se hacía casi necesario e inevitable recurrir a la escritura ficcional para proseguir con la reflexión dando voz, en esta ocasión, a unos personajes cuya vida interior y sus ricos pensamientos ocupan la trama central de esta gran novela de reflexión. En plena madurez, el renombrado hispanista troca su escritura académica por el arte del narrador y biógrafo para ahondar en lo íntimo de la conciencia humana logrando cautivar al lector con *Ce temps des cerises*, que sin duda merece una sosegada y atenta lectura.